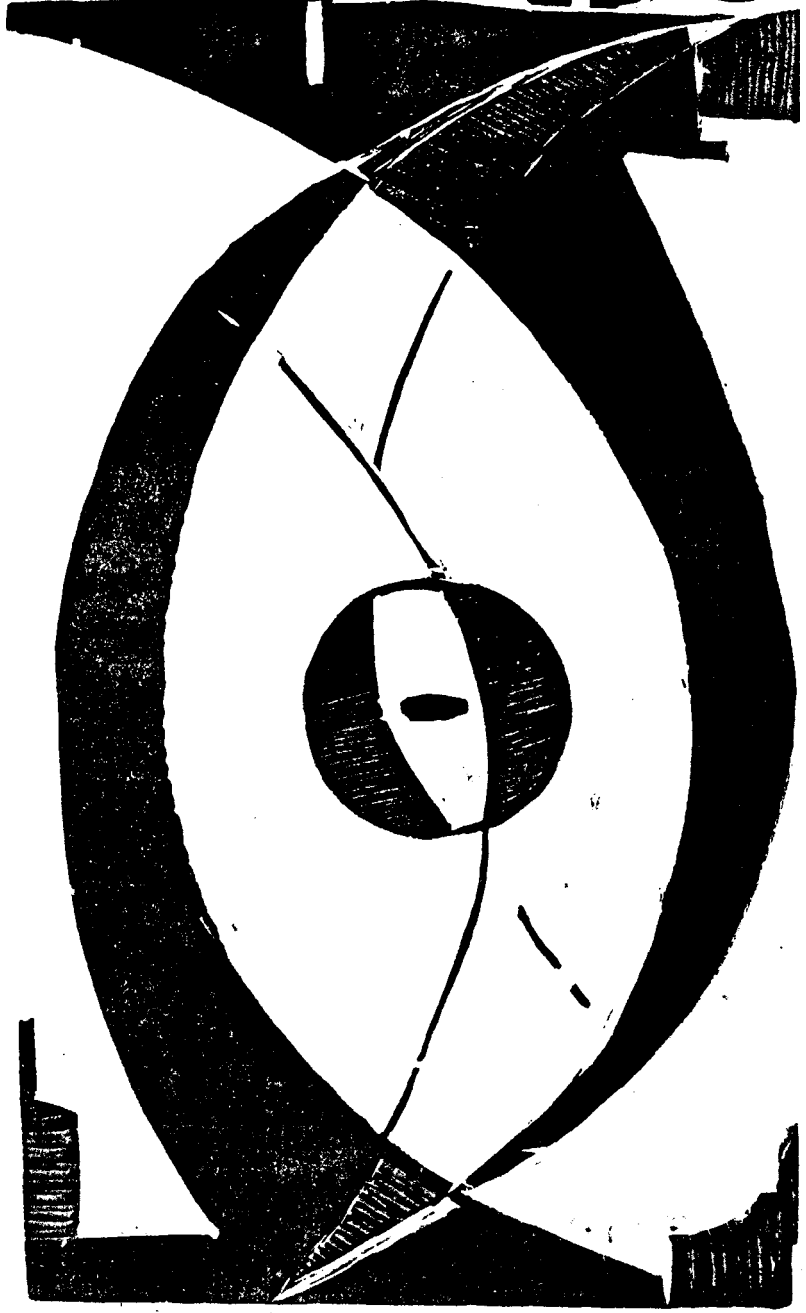


el paso



EL PASO

Revista Literaria

Director Responsable:
ARIEL HERRERA
Tacuarembó 389
Paso de los Toros - Uruguay

Carátula:
ADIMAR LUJAN

Indice

	Pág.
Mensajes	3
Historia de Paso de los Toros (Fragm.) - por Pedro Armúa	5
Página del Estudiante	7
«Mi secreto» - Cuento - por «Orión»	10
«Muerte para un hombre solo» - Cuento por G. Rio	11
Aquí Poesía - Poetas Nuestros:	
Ortiz y Ayala	13
Enrique Amado Melo	14
Anónimo	14
Los libros más solicitados en el último trimestre	15
«Paralelo treinta y ocho» - Cuento - J.I. Monestier	16
«Metástasis de Primavera» - Cuento - D. Cabrera	18
Crónica de Camilo Fuentes - Cuento - A. Herrera	19



MENS AJES

Los saludos han llegado nuevamente para alentar esta empresa, que es ya una realidad llevatable.— Sin saber aún, y sin ser talvez conscientes de la verdadera meta que nos proponemos, ni del papel que hemos de jugar o estamos cumpliendo en la desbordante realidad de este Uruguay presente, hemos venido andando.

Queremos creer, que nuestras inquietudes reflejarán las vivencias que palpablemente cada uno erigirá en su verdad, con total sinceridad, con absoluta espontaneidad. La responsabilidad de vivir, hoy y aquí, es lo suficientemente cautivante como para que nadie menoscabe el mandato imperativo que nos llama a desempeñar un papel de vanguardia.

Pero principalmente, seremos honestos, y no nos engañaremos con falsos estilos; ni tampoco acallaremos las voces de los que quieran, junto a nosotros, recorrer la senda, que son solamente "pasos" que se van dando en procura de un destino incierto.

Nos hemos propuesto solamente y nada más más que eso: andar, decir, que es también no callar, y que es también no detenerse. Si nuestro andar y nuestro decir sean o no los verdaderos, lo dirán los que vengan detrás, construyendo la historia, si vale la pena.

Conoce alguien La Verdad y el Camino?...
"Caminante, / No hay Camino / Se hace camino al andar..."

Del Dr. GUILLERMO TERRA NUÑEZ

Montevideo, Octubre 30 de 1966. Sr. Ariel Herrera. Estimado amigo: Ayer recibí los números uno y dos de la revista "El Paso que lo tiene a Ud. por Director Responsable.

Su lectura nos impresionó sobremedida. Cada una de sus hojas nos fue golpeando con tremenda fuerza emocional. La leímos a velocidad, a grandes sorbos, con glotonería. Un mundo de imágenes se nos asomaba al recuerdo por cada página leída. Todo lo que de intenso pudo haber en nuestra vida —fresco y en total plenitud— nos vino al espíritu como quien abre una cerradura que da acceso al pasado. Todo el paisaje de nuestros años mozos se nos fue actualizando en oportunidad de cada cosa nombrada, de toda persona citada o de historia narrada. ¡Cuánto acierto, cuánto lujo y cuánta calidad en tan poco material editado!

El acierto está en todas partes. Está en sus colaboradores, entre los cuales distinguimos los selectos espíritus de Pedro Armúa, Julio I. Monestier y Elbio Pérez Tellechea. Está en la elección del material publicado —donde nos ha sido posible constatar la presencia de esa exquisita personalidad femenina— la precoz poetisa de "Plumitas" Circe Maia, y donde también hemos visto figurar a ese destacado valor intelectual que es Rufino Larraud y a los extraordinarios poetas coterráneos W. Benavides y M. Benedetti. El acierto está también en el título elegido. Ningún nombre puede tener más altura evocativa, ni más expresividad sustantiva, ni mayor elocuencia calificativa, ni más sentido emocional —que esta abreviatura del nombre actual de nuestra querida ciudad isabelina. Y porque así aprendimos a llamarla cuando nos radicamos en ella, y porque así la designaban los hombres más antiguos y acriollados de la zona, es por lo que El Paso nos suena a gloria y a "patria vieja" de la misma manera como evocamos la patria grande, naciente y heroica cuando sentimos el apasionante calificativo de "orientales".

Y, por último, el acierto lo constatamos no sólo en la idea misma de afrontar tareas trascendentes, sino en la forma esmerada y cuidadosa con que esta Revista ha salido a la calle, pues es evidente que en su redacción y compaginación se han tenido en cuenta no sólo todos los detalles técnicos sino que, todavía, se han agregado motivos de buen gusto y alto sentido estético como el grabado que la luce en la carátula, obra de ese excelente y modesto artista que es Adimar Luján.

No puedo terminar esta carta sin recordar que, en varias ocasiones, los alumnos de nuestro Liceo emprendieron una tarea similar —tratando de dotar a la población y a ese Centro Docente— de una Revista que recogiera las inquietudes intelectuales de una juventud cada vez más elevada en inteligencia, sensibilidad y cultura. A este propósito correspondería citar a la Revista "Inquietud" cuyo número primero apareció en agosto de 1942 bajo la Dirección de María Isabel Ituzarry y la Administración de Ely Gorostidi. Por ese entonces dirigía el Liceo el Agr. Leonardo Ferrari Biune y nos tocó a nosotros el honor de ocupar la primera página con una definición de Inquietud. Esta Revista tuvo vida muy precaria, pero reapareció el 15 de octubre de 1951 bajo la forma de periódico, con el mismo nombre, y dirigido por Azucena Correa, quien se hizo acompañar por un cuerpo de colaboradores integrado por Mary Fuentes, María V. Leúnda, Ana Ma. De Caro, Héctor Dutrenit, Elbio Noceda, Huber Borches y Alejandro Morales. Esta Revista y este periódico cumplieron una gestión importante en el medio social y cultural de la época. Pero ya que estamos incursionando en el que hacer literario de nuestra ciudad, en este sentido nos sentimos obligados a mencionar a dos prestigiosos valores de las letras isabelinas, Sara Iglesias de Ibáñez y Anita Oliveira de Arbiza, grandes y distinguidas mujeres que mucho han hecho para ganarse la más alta consideración de la crítica literaria y que mucho han honrado, con su labor intelectual, al terruño natal. Tampoco podemos olvidar al más popular y actualizado de los poetas coterráneos, al conceptuoso e inspirado Omar Odriozola.

Pero no nos resulta posible irnos de este papel sin antes agradecer los generosos y exagerados términos que nos dedica en el comentario acerca del libro del que somos autores "La Educación del niño de la primera edad". Es característica de los espíritus nobles atribuir a los demás lo que se lleva en sí mismo. Y en esta emergencia, la crítica a que aludimos ha volcado sobre nosotros— con prodigalidad excesiva— virtudes que no nos corresponden, pero que mucho agradecemos. Descándoles éxito y larga vida en esta elevada empresa, reciban Uds. nuestra mejor estimación y aprecio.— Guillermo Terra Nuñez

Del Prof. SAMUEL DE LEON

Profesor Ariel Herrera,
que de "EL PASO" es director
le escribo esto, mi señor,
sin conocerlo siquiera.
Pero como abre a cualquiera
las puertas de su revista
me atrevo a engrosar la lista
de los que alaban su intento
pues le aseguro que siento
su labor buena y altruista.

Puedo parecerle acaso
bastante audaz, Don Ariel,
pero escúcheme y después
saque conclusión del caso.
Perdone que salga a "EL PASO"
sin que nadie me lo pida
porque en mi alma está metida
también la misma inquietud
y si ello no es gran virtud
es parte de nuestra vida.

"EL PASO" viene a llenar
necesidades urgentes
en un medio en que las gentes
se esfuerzan por mejorar.
Sólo me basta pasear
la vista en el escenario
desde el puente "Centenario"
de "18" en longitud
y apareció la magnitud
de un esfuerzo extraordinario.

"EL PASO" es signo augural
de ese vivir empeñoso
de un pueblo que laborioso
pone esfuerzo y voluntad.
Por eso en lo cultural
eleva su estampa airosa,
tanto en verso como en prosa,
su revista literaria
"sin intención secundaria"
lo que la hace más valiosa.

En una de las secciones
llamada "poetas nuestros"
en página nueve encuentro
poéticas expresiones.
Y yo, escuchando los sonos
de vinculación hermana,
"aunque esta sea lejana"
quiero saber si va en esto
también un llamado a nuestro
paso de cada semana.

El lector ha de tener
material interesante
si se detiene un instante
con atención, a leer.
Los cuentos de Monestier
de Elbio Pérez Tellechea
los de Dionisio Cabrera;
los dibujos de Luján
vida y colorido dan
a "EL PASO" de Ariel Herrera.

Si en la vida nacional
la Historia de un pueblo actúa
la que da Don Pedro Armúa
tiene el sello regional.
Desde tiempo inmemorial
se fue formando el poblado
sobre campo bien regado
que, (esto digo porque importa)
de Nieto, comprara Alcorta
con soberbio río al lado.

Con mi alabanza lo ayudo
para elevar su optimismo
lo sé, porque hago lo mismo
que es este un trabajo rudo.
Desde aquí mando un saludo
cordial, que impulse sus ansias
y distienda las fragancias
de "EL PASO" en esta nación;
lo desea Samuel de León
Director de RESONANCIAS.

El Durazno, octubre 24 de 1966.

4.— *Los Bálsamo.* En la sucesión de propietarios de estas tierras, llegamos al año 1832, en que aparece por primera vez en los títulos, un apellido de especial significación en el nacimiento de la ciudad, nos referimos al apellido Bálsamo, uno de cuyos descendientes, don Venancio Francisco Bálsamo, tuvo la visión de plasmar en realidad lo que se estaba gestando en el fondo de uno de los mil bucles del río Negro: la formación de un pueblo.

Pero con la aparición de este apellido, aparece también otra confusión más importante que la que ya anotamos: la aparición de una nueva salida fiscal.

El 15 de marzo de 1832 el Vice-Presidente de la República don Luis Eduardo Pérez, en escritura autorizada por el Escribano de Gobierno y Hacienda don Juan Leon de las Casas, otorgó título de adquisición por treinta suertes de campo a favor de los herederos de don Angel Bálsamo o Bálzamo, como aparece en la escritura, la que lo da como de nacionalidad italiana.— Esos herederos eran su esposa María Andrea Rodríguez y su hijo Eufracio Indalecio Bálsamo Rodríguez, que ya firmaba su apellido con “s”,

Y el 26 de junio de 1838, ante el Esc. Juan Pedro González, doña María Andrea Rodríguez, con licencia de su segundo esposo José Quiñones, vendió a su hijo Eufracio Indalecio Bálsamo los derechos que le correspondían en el citado campo.

Para aumentar la confusión, en algunos títulos, al hacer la relación de su origen, dicen que Eufracio Indalecio Bálsamo “lo hubo de su padre Angel Bálsamo, y que éste lo hubo por título de adquisición otorgado por el Gobierno de la República el 15 de marzo de 1832”.— Pero la verdad es que esta segunda salida fiscal fue dada en favor de los herederos de don Angel Bálsamo.— Esto nos lleva a pensar que don Angel Bálsamo nunca vino a Paso de los Toros, y que por lo tanto, el primer Bálsamo fue don Eufracio Indalecio.

En varios títulos al Oeste de las vías del Ferrocarril, se retoma la línea de la primera salida fiscal, porque aparece Enrique Miller vendiendo a Eufracio Indalecio Bálsamo por ante el Esc. Salvador Tort 16 de diciembre de 1834, una suerte de campo (en algunos

dice 2.660 cuadras) vecinas al campo que Eufracio Indalecio Bálsamo heredó de su padre don Angel Bálsamo y compró a su madre doña María Andrea Rodríguez de Quiñones.

En terrenos al Este de la calle Sarandí, la línea de propietarios anteriores a los Bálsamo es más amplia.— De Diego Noble pasó a Enrique Miller y Pedro Bonnamís por ante el Esc. Juan Pedro González el 13 de mayo de 1831; de éstos a Eugenio Martínez por escritura otorgada ante el Esc. Salvador Tort el 17 de diciembre de 1834; de Secundina Martínez, hija de Eugenio Martínez, a Enrique Pachiarotti, por escritura otorgada ante el Esc. Gabriel Orgaz y Pampillón el 17 de octubre de 1862; y Pachiarotti vende a Eufracio Indalecio Bálsamo el 21 de agosto de 1865 ante el Esc. Juan Francisco Castro esa fracción compuesta de 340 cuadras.

Pero si se observa las dos líneas de propietarios, se ve que son comunes los tres primeros: Alcorta, Noble y Miller, y que éste vendió ante el mismo Esc. Salvador Tort, el 16 de diciembre a Eufracio I. Bálsamo, y al otro día a Eugenio Martínez, es decir, que aquí se produjo la primera división de estas tierras.

Corresponde interpolar aquí la interrogante: ¿Cuál fue la causa de la segunda salida fiscal de 1832?— La posible respuesta es ésta: estos campos no deben haber sido ocupados nada más que simbólicamente, y los propietarios residentes en Montevideo, los comerciaban y escrituraban allá.— Los Bálsamo, don Angel o don Eufracio, llegaron entre 1831 y 1832, los vieron abandonados y los denunciaron al Gobierno de la República que les otorgó el derecho de adquisición en 1832.— Posteriormente ha aparecido el legítimo propietario Enrique Miller, que a lo mejor compró cuando los Bálsamo ya estaban aquí, pues la escritura de adquisición de Miller es de 1831, y entonces don Eufracio I. Bálsamo se vió forzado a comprar, pese a su título de adquisición otorgado por el Gobierno Nacional, para evitar el seguro pleito.— Una cosa parecida le ha ocurrido a Eugenio Martínez que ha estado ocupando esta rinconada junto al paso.— Lo que es indudable es que las dos salidas fiscales se refieren a los mismos campos, aunque la segunda se refiere a una mayor área.

Retomando la línea de sucesión de pro-

pietarios, encontramos que don Eufracio I. Bálamo era el propietario de una gran extensión de campo en esta zona, menos una pequeña fracción de 340 cuadras, que terminó por adquirir el 21 de agosto de 1865 a Pachiarotti, y que estaban ubicadas sobre el "Paso de los Toros".— Dice un título que en "parte de esas 340 cuadras se dividieron en manzanas que formaron el pueblo según plano de nuevo amanzamiento que levantó el Ag. Pascual Ipata".— Este plano se levantó en 1885.

Muerto don Eufracio I. Bálamo, le sucedieron su viuda doña Isabel Rosas y sus hijos Angel Tiburcio, Pastor, Alejandrina y Venancio Francisco.

El 12 de mayo 1874, don Venancio F. Bálamo compró a su madre y hermanos ante el Esc. Gervasio Muñoz, una fracción de campo (2.660 cuadras) ubicada junto a la fracción más arriba citada.

Entre esta fracción y esa otra de 340 cuadras se estableció como línea divisoria un alambrado que siguiendo una dirección de Noreste a Suroeste, iba desde el arroyo Sauce al río Negro, con una portera para permitir el paso por el camino "real" al paso de los toros o de las carretas, y a la balsa, y la que estaba ubicada aproximadamente a la altura de la hoy esquina Norte de las calles 18 de Julio y Dr. Berruti.

Finalmente, fallecida doña Isabel Rosas, sus herederos se repartieron extrajudicialmente por escritura autorizada el 17 de diciembre de 1880 por el Esc. Juan José Aguiar, y como ya había sido aprobado el proyecto de amanzamiento del Ag. Manuel Serby de 1877, en las hijuelas de los herederos figuraron varias manzanas para cada uno de ellos.

A partir de aquí se inicia la subdivisión de las manzanas en solares, por las ventas que los Bálamo o sus descendientes fueron realizando posteriormente, lo que ya no interesa a este relato.

Como hecho curioso podemos anotar, que en los distintos títulos que hemos examinado de varias manzanas ubicadas al Este de la calle Sarandí, no figura en ninguno de ellos como propietario don Venancio F. Bálamo que aparece como fundador del pueblo.

Figuran recibiendo esas manzanas, como herederos de sus padres don Eufracio Indalecio Bálamo y doña Isabel Rosas, don Angel Tiburcio (entre otras la Manzana No. 78); don Pastor (entre otras la No. 146; y don

Román Vargas Bálamo en representación de su madre doña Alejandrina ya fallecida (entre otras la No. 148).

En cambio, es don Venancio Francisco el que aparece en la titulación de los predios al Oeste lo que parece indicar, que la fracción al Este de la línea de alambrado que hemos mencionado, fue adjudicada a los hermanos de don Venancio Francisco.— Aclaremos que no entramos en los detalles de esta partición porque no interesa a esta relación que sólo se refiere a los terrenos sobre los que se levanta la ciudad.

En el plano del Ag. Manuel Serby, vemos que éste dice que el proyecto de pueblo le fue encomendado por don Venancio Francisco Bálamo, pero este plano es de 1877, es decir, anterior a la partición de los Bálamo.— A juzgar por estos documentos, se debe establecer que la idea de la formación del pueblo fue de don Venancio, y que la donación de los terrenos para edificios públicos plaza e iglesia (que por otra parte era ordenada por la ley) fue efectuada por la familia Bálamo.

NOTA DEL AUTOR.— Como resultado de nuevas investigaciones motivadas por nuestro proyectado libro "Historia de Paso de los Toros", debemos hacer algunas puntualizaciones.

1) Sobre los terrenos en que se asienta Paso de los Toros, hubo una sola "salida fiscal", la del Virrey Liniers en 1809 en favor de Bernabé Alcorta (14 leguas cuadradas). La otra que se menciona, se refiere a la gestión realizada por José Ignacio Quiñones en 1831/32 en representación de los herederos de Angel Bálamo, por 14 leguas cuadradas (2 leguas con frente al río Negro por 7 leguas de fondo por el arroyo Salsipuedes), vecinas de la fracción de Alcorta.

2) El título que el Gobierno Nacional otorgó a los herederos de don Angel Bálamo en 1832, fue un testimonio del expediente seguido por Quiñones, y no fueron 30 suertes, sino 14 leguas.

3) Sobre Angel Bálamo podemos decir: a) Lo encontramos en los primeros años del siglo XIX establecido con comercio en "Isla Sola", en la Cuchilla Grande de Durazno; b) Del expediente seguido por Quiñones se desprende que don Angel adquirió los derechos sobre la denuncia de ese campo en 1804; c) La marca de ganado usada por don Eufracio Bálamo formaba una A y B, que puede haber heredado de su padre don Angel; y d) En la Escribanía de Gobierno hay un expediente de 1804, por el que doña Micaela Mancuello, viuda de Tomás Barragán se queja ante el Gobernador Ruiz Huidobro, contra Angel Bálamo por que éste abrió un paso o picada en el río Negro, como a veinte cuadras abajo del "Paso general nombrado de los Toros". Todo ello nos lleva a pensar hoy,

Continúa en la última página.

Página del estudiante

"El Paso" pretende dar cabida en sus páginas a los jóvenes que tiantan recién, entre temor y placer, el palpitante encuentro de sus vivencias, sus inclinaciones, sus ambiciones, sus impulsos e ideales. No podía ser menos que este inicio en retoño, sintiera penetrar sus fuerzas, del ímpetu renovador y vivificante que le asegurará un destino y una permanencia. Ellos serán los dueños de la posta cuando mañana logren depositar su huella más allá de la última de las nuestras.

Iniciamos con orgullo la presen-

te sección, con la publicación del trabajo que resultara premiado con el 1er. puesto en el Concurso de Cuentos que organizara la Asociación de Profesores del Liceo de Paso de los Toros, entre los estudiantes del referido centro de estudios. Es nuestro propósito, continuar en próximos números, con la publicación de los trabajos ubicados en Segundo y Tercer lugar, así como del Fallo fundamentado, del Tribunal que actuara en la mencionada competencia literaria.

El trabajo que consignamos a

continuación, corresponde al alumno Osvaldo Rosadilla, del Cuarto Año "C" de nuestro Liceo. Reúne notorias condiciones pues revela la narración de una peripecia adolescente con buena construcción, sobriedad y que aventura además un enfoque psicológico agudo y certero, de la edad de las aventuras. El argumento, la narración, de desarrollan con naturalidad, y demuestran siempre un aguzado sentido de la observación.

CARLOS

¡Uf! por fin llegás.

A Carlos le complació de sobremanera este comentario.

Hacia largo rato que la barra lo esperaba, pues él era el único que podía conseguir los remos, y sabiendo esto se demoró adrede para que los mucháchos se dieran cuenta de su importancia. Pero se cuidó muy bien de no poner en evidencia la alegría de haber conseguido el efecto esperado.

Era Carlos un niño de diez años, tenía el pelo y los ojos castaños, las cejas siempre listas para poner aquel gesto ceñudo que había ensayado durante tres días frente a un espejo y que le daban una expresión de "hombre fuerte"; la nariz de aletas abiertas y quizás un poco grande. Más bien delgado, de estatura regular, con el pelo largo cayéndole sobre el rostro, la camisa siempre de afuera y los pantalones medio caídos, presentaba en conjunto un aspecto desgarrado.

Se encontraba en la orilla del río junto con todos sus compañeros, siete en total. Serían las dos de la tarde, hacía calor, el sol achataba... dormía, y esto había sido una suerte, si no hubiera sido por ese calor aplastante quien sabe si muchos de los componentes de la pandilla hubieran podido escapar de sus casas, parecía que estaban en su día... a esas horas sus padres estarían amodorrados durmiendo la siesta.

Carlos se había escapado, y había tomado los remos sin permiso, y sabía lo que le esperaba a la vuelta si lo descubrían, pero no podía perder esa magnífica oportunidad

de ganar prestigio; pensar que el único que podía conseguir los remos era él!... y sin remos el bote viejo de Roberto no servía para nada... y Roberto era su rival. Rival en todo, en fuerza, en fútbol, en carrera, en la bolilla... y hasta en el amor, ¡mire que ir a cortejar a Mabel cuando Roberto bien sabía que él la había visto primero cuando recién se mudó al barrio! Y para colmo de males el día en que la había convidado con un caramelo y le había ofertado cinco más si accedía a ser su novia, apareció el muy cretino de Roberto con dos grandes bombones que le había traído su tío de Montevideo y le desbarató todo su plan.

Soportó muy bien aquel golpe, en asunto de amores ya tenía experiencia; y no era la primera vez que sufría un desengaño; nunca se lo había dicho a nadie, pero él había estado enamorado de su maestra de segundo, al terminar las clases la habían transferido a otro lugar y no la volvió a ver jamás... ¡y de eso hacía ya dos años!

Pero todas esas rivalidades incluso Mabel, pasaban a segundo plano: ahora lo importante era la expedición a "territorios inexplorados" que efecturarían río abajo. Se habían propuesto rebasar los lugares hasta donde llegaban en sus frecuentes incursiones por el río.

Esta expedición tenía gran significado para la barra, se elegiría en el transcurso de la aventura al "jefe", y los candidatos eran dos: Carlos y Roberto.

Ellos habían superado a todos los otros en todas las pruebas, en lucha, en tirar más

lejos la piedra, en carrera y en el infaltable partido "arco a arco" con la pelotita de goma. Pero ni Carlos pudo vencer a Roberto ni Roberto a Carlos, entonces se presentó el gran problema, ¿cómo decidir cual de los dos sería el jefe?

A nadie se le ocurría nada... a nadie... excepto a Luis, el rubio y magro "comelibro" de la barra, que casualmente por esos días acababa de devorarse un libro sobre aventuras en Africa. Ese libro le dió la idea de organizar "una riesgosa expedición allende las tierras conocidas" en el cual los dos aspirantes a jefe se pondrían a prueba: el que realizara la mejor hazaña sería el guía de la pandilla por todo el año.

¡Bueno, pongan los remos y vamos rápido arriba que se nos hace tarde!

El tono autoritario de Carlos fue acompañado de una furibunda mirada de Roberto.

Uno a uno fueron saltando de la barranca al bote, el último fue el negro Cascarilla, que con los pantalones remangados y el agua por la rodilla, se encargó de darle el empujoncito al bote.

En el primer instante Carlos pensó en tomar los remos, antes de que lo hiciera Roberto, pero se extrañó que este no hiciera nada por adelantarsele, (esto lo hizo pensar), y de pronto se dio cuenta de la estupidez que iba a cometer; él tenía que actuar como un capitán!; acaso no era él uno de los dos jefes de la aventura?, entonces no podía rebajarse ante Roberto que ya había ocupado con aire de superioridad la proa, se tuvo que conformar con cederle los remos a José María y ocupar la popa.

Los remos, con golpes secos y rítmicos, rompieron el espejo del cielo; el bote avanzaba.

Roberto en la punta dirigía la embarcación, indicándole a José María si debía acercarse más a la orilla o si estaba muy cerca de ella. Mientras que en la popa Carlos mascullaba entre dientes que él lo haría mucho mejor si estuviera en el lugar de Roberto.

A favor de la corriente iban bastante rápido, ante sus ojos desfilaban los escenarios de pasadas aventuras y surgían los infaltables comentarios recordándolas.

¿Te acordás? ahí fue donde vos casi te caíste de aquel árbol...

—Y un poco más allá encontramos al cuervo muerto...

—Sí, es cierto, yo nunca había visto uno

tan de cerca ¡y eso que habíamos gastado casi todas las piedras tratando de cazar alguno a hondazos!

—Y hablando de hondas en ese campo una vez cazamos tres perdices... ¡casi lo incendiábamos al tratar de asarlas!

Los comentarios se sucedían uno a otro, los únicos que callaban eran Roberto, absorto en su trabajo, y Carlos que se exprimía el cerebro tratando de pensar en alguna hazaña para emular a su rival.

De pronto se terminaron los comentarios, los cuales fueron sustituidos por las miradas de curiosidad de los chicos: ya habían pasado el límite de su última andanza, ahora todo el paisaje era nuevo.

El Pocho tomó los remos, bastante había remado ya el pobre José María.

Avanzaron unos docientos metros más, cuando de pronto avistaron un cerro bastante alto en la costa, que se encontraba a la vuelta de un recodo del río.

¡Vamos a bajar ahí! exclamó Luis, ¡es un lugar ideal, tiene monte y todo!

La idea fue aceptada por unanimidad.

El bote dio la vuelta al recodo y los chicos se encontraron en una pequeña laguna, derivación del río, encerrada entre la vuelta que hacía la costa y el cerro.

La lagunita estaba tapizada de camalotes y por todos lados se podían ver patos maragullones sobre los troncos, exponiendo, con las alas abiertas, sus enlutados plumajes al sol.

El oleaje del bote al penetrar en las dormidas aguas hizo balancear los camalotes, y los desconfiados patos emprendieron vuelo para ir a posarse en troncos más alejados. Al llegar la vieja embarcación a la costa, más de una tararira debió de abandonar su placentera "siesta" en el agua calentita de la orilla.

El primero en poner pie en tierra fue Roberto... y el último Carlos; Cascarilla se encargó de atar el bote a un espinillo de la orilla. Inmediatamente Luis los reunió a todos, se sentaron del mismo modo que los indios en las películas de cow-boys y les dirigió la palabra a los "jefes".

—De ahora en adelante tienen que andar siempre con alguno de la barra, así cualquier cosa que hagan será vista por otro que servirá de testigo ¿estamos?

—Estamos... Respondieron al unísono, mirándose como queriendo adivinar lo que el

otro estaba pensando.

—Bueno, entonces podemos empezar a recorrer este terreno...

Todos estaban armados de hondas y de lanzas fabricadas con cañas cortadas al sesgo y endurecidas a fuego como habían leído que hacían los indios.

Se formaron dos grupos, en uno se encontraba Roberto con Luis, Darío y el Pocho, en el otro Carlos, José María y Cascarilla.

El primer grupo comenzó a ascender por la ladera del cerro hacia los montes, y Carlos y sus acompañantes quedaron en la orilla de la lagunita pues el pretendiente a jefe estaba pensando en sorprender una gran tararira en su siesta y cazarla con la vieja y única fija que había en el bote.

Cuando Roberto y los otros se perdieron detrás de unos árboles, Carlos le pidió a Cascarilla que le alcanzara la fija mientras se arremangaba los pantalones y se sacaba la camisa.

Con el sombrero de paja para resguardarse del sol y la fija en la mano derecha, comenzó a caminar cuidadosamente con el agua por las rodillas, a lo largo de la costa, la mirada siempre atenta, esperando ver de un momento a otro a la arisca tararira que quizás le diera la consagración de jefe... ¡quizás no! Tenía que dársela, no podría soportar tener que obedecer a Roberto. Hacía dos años que Carlos era la autoridad indiscutida de la barra, pero un día vino al barrio Roberto y empezaron las dificultades. Ya no era Carlos el mejor, también Roberto podía hacer lo mismo que él; entonces no podía ser él también jefe?.. Y era por eso que ahora estaba allí y por eso era que se habían hecho todas las pruebas. Además Roberto se complacía en poder contrariar todo lo que Carlos decía y en todo se le oponía.

De pronto interrumpió sus pensamientos, su brazo se puso rígido y la fija partió. Enartada en las tres puntas una tararira bastante grande coleteaba. Cascarilla y José María que observaban a la distancia se acercaron corriendo.

—¡Che, que bicho bárbaro! exclamó el primero.

—Bastante grande, pero las hay mucho mayores replicó José María.

Carlos hizo una mueca, la miró, encogió los hombros mientras se dirigía a la sombra de un árbol y decía:

¡Veremos lo que trae Roberto!

No tuvo que esperar mucho para verlo, primero aparecieron tres de sus acompañantes hablando excitadamente y todos a la vez de manera que no se les entendía nada, y un poco más atrás Roberto y Darío... con una cría de carpincho o rastras.

Ni Carlos ni José María ni Cascarilla podían creerlo, ¡un carpincho! ¡imposible! los ojos parecían querer salirse de las órbitas;

Cuando los chicos se calmaron un poco Luis pudo contarles lo sucedido.

—¡Hubieran visto! del otro lado del cerro hay una profunda cañada llenas de pajonales; íbamos caminando por la orilla cuando Roberto nos hizo señas de que nos quedáramos quietos y miráramos hacia donde él señalaba. Así lo hicimos, y pudimos ver un carpincho tirado entre el pajonal que muy lentamente comenzaba a levantarse; estaba herido! se podían ver las manchas de sangre en su pelo. Comenzamos a acercarnos y el animal se tiró con estrépito al agua, cruzando la cañada. No había ningún lugar cerca por donde vadear la zanja, en eso vimos a Roberto trepar a un árbol de la orilla que entrelazaba sus ramas con un gran mimbre del lado opuesto y se pasó de árbol a árbol ¡parecía Tarzán!

—Así es, prosiguió Darío, ya del otro lado bajó rápidamente y se dirigió hacia donde se encontraba el carpincho, estaba muerto... seguramente algún cazador lo había herido y el esfuerzo que hizo al nadar terminó con sus últimas fuerzas.

Carlos miró a su tararira... y al carpincho, los comparó con un sapo y un elefante, el sapo lo había cazado él. Y allí estaba Roberto con una sonrisa de triunfo en los labios.

Le empezaron a aflorar dos lágrimas, se levantó y salió corriendo mientras repetía; tengo que hacer algo... tengo hacer algo!

Corriendo fue a dar a la ladera del cerro, pero no aquella de suave pendiente por la que ascendieron los otros, sino una llena de piedras y rocas, cortada casi a pico, que parecía inaccesible.

Entonces se le iluminó el rostro ¡él escalaría el cerro por ese lado!

No lo pensó más y puso el primer pie sobre una piedra... pero la piedra estaba floja y en vez de ascender descendió, esto le dio más rabia y más se empeñó en subirlo, aunque ya tenía una idea de lo difícil que resultaría.

Así pensosamente fue subiendo poco a

Continúa en la última página.—

Mi Secreto

Cuento

por ORION

Recuerdo aún nítidamente aquellos días de febril actividad que precipieron a la publicación de nuestro primer periódico estudiantil.

Cada uno de nosotros tenía la tarea de recoger material y colaborar en el mismo; pero en mi caso el fervor con que acometí la empresa tenía un fin premeditado, pues se me presentaba una oportunidad largamente esperada: la de publicar una poesía de mi creación.

Pese a que aún no la había escrito, la perspectiva de figurar en la página literaria era un acicate que me predisponía a enfrentar con optimismo toda tarea por compleja y difícil que fuera.

Las horas calladas de la noche fueron testigos de mi dedicación y desvelos, y en alas de la fantasía y la imaginación, invoqué durante largo rato a las musas de la inspiración y la poesía.

Mi empeño resultó infructuoso y me encontré somnoliento y decepcionado sobre un papel con frases semitachadas, dispersas e inconexas. Antes de abandonar mi última esperanza, me sentí ridículo y estrujé con ira aquella hoja que personificaba un mudo reproche a mi impotencia e ineptitud.

El nuevo día lo comencé contrariado, desilusionado y de pésimo humor.

Fué entonces que sucedió algo que me llenó de alegría y optimismo: en momentos en que hacía partícipe a mi madre de mi incertidumbre, recibí su inesperada propuesta: Aceptaría que ella compusiera una poesía por mí?

Repuesto de la sorpresa, mi impaciente vanidad me impulsó no solamente a aceptar con gozo, sino que urgí concretara su ayuda.

De métrica imperfecta, pero con una cuidada rima, y compuesta con singular maestría, tuve a poco en mis manos, desgranada en versos, una bella y triste historia de amor.

Era la elegía de un amor imposible, fascinante y conmovedora. Y la firmé entusiasmado. Con su publicación e inmediato éxito; mi vanidad halagada y mi sueño realizado, así como había compartido el secreto, compartí la satisfacción con mi madre.

Una noche, años después, hojeando re-

cuerdos archivados, encontré aquel poema, y en el silencio de mi habitación comencé a releerlo, y no pude evitar que las lágrimas ahogaran mi emoción.

Porque por primera vez, maravillado, interpreté en aquel mensaje la exquisita sensibilidad y el cálido espíritu lleno de sentimientos que le había dado vida, y que aún aleteaba como una mariposa entre los versos pálidos ya. Y como en éxtasis, el tiempo detenido a mi alrededor, reviví los muchos momentos compartidos con ella, y que, estaba seguro, guardábamos juntos en el recuerdo...

Mis primeros pasos... el despertar de mi alma al mundo a su lado... mi primera incursión de su mano al fascinante e intrincado mundo de los números y las letras, en horas tibias y familiares, en las cuales fui su alumno; y que agradeció asombrada mi primera maestra cuando ingresé a la escuela... Mas tarde, la seguridad de tener su aliento y ayuda en los años que siguieron, cuando todos los conocimientos del mundo y la naturaleza esperaban apretujados el desarrollo de mi mente y mi imaginación... Y el maravilloso mundo de la música, en el cual nos sumergíamos juntos; ella, mientras labraba la trama de su interminable tejido, deleitándose con auténtico placer; yo, aún deslumbrado; emocionados los dos...

Y todo lo que aprendí de ella que ha sido el tesoro de mi vida: sus consejos, que me guiaron; y sus sentimientos, que despertaron los míos y me enseñaron a sentir el sutil, misterioso e inefable palpitar de la vida...

Enjuagué mis lágrimas y comprendí que aquel vanidoso secreto de mi inconciente plagio, me había abierto el camino a su alma; y que mi egoísmo había escuchado, tal vez, un viejo y secreto sueño suyo: el de publicar un poema.

Aquella noche nació, por sobre mi inmenso cariño, un sentimiento nuevo y palpitante... el de mi admiración sin límites... más que a la madre, a la mujer que descubrí en ella.

Esta noche, he tenido una cita inesperada con aquel secreto que aún vive entre nosotros, y la historia la he vuelto a vivir intensamente... y sobre este papel, como aquella lejana noche en que enterré mis pretensiones de poeta, dejarán su huella los torpes borrones de unas lágrimas... son las de un hombre, que aún sigue siendo un hijo feliz.— ORION

MUERTE DE UN HOMBRE SOLO

—POR GONZALO RIO—

Ayer murió Jorge Valdéz. El maestro Valdéz. El "Solo" Valdéz...

Valdéz nació por allá por Peralta creo; hace solamente treinta años. El y sus hermanos vinieron a hacer la Escuela; eran como nueve o diez. La madre era lavandera y el padre dejaba los pesos en el mostrador. De tarde iban a la escuela y de noche changaban en los boliches. Tres eran lustradores y los otros vendían diarios por la noche. Iban a la escuela porque sí, por compromiso, porque los mandaban, para que el viejo cobrara la Asignación. La mayoría llegaron hasta Tercero o Cuarto y después la vida, y los vicios, y el trabajo, y el ser hermanos, los fue desparmando. Pero Jorge "salió medio raro". Le gustaba leer, estudiar.

Tenía largos coloquios en las noches que el cinc colaba el frío, en las siestas calientes, con chicharras. El padre le decía que era el "pituco" de la familia.

Fue mi compañero de banco en Segundo y otra vez en Cuarto. Iba al Liceo de mañana y, como lo apretaron en la casa, comenzó a trabajar atendiendo la clientela de un Café desde las ocho de la noche hasta las doce o la una. Recuerdo que detestaba las bebidas. A veces llegaba al Liceo con olor caña y a grapa en la camisa.

Olor a Cantina, a borrachos, agrios, ácidos, tabacos.. Tenía lamperones en las manos del alcohol que derramaba cuando llenaba las copas. Y de tanto llenar copas, el alma se le fue inundando y desbordando de tristeza, de amargura. Nadie puede olvidar los ojos tristes de Valdéz, su mirada sin luz, espejo de una tremenda vida interior; su voz sobria y apagada. Y los profesores todavía rememoran —los más viejos— de las veces que se dormía sobre el banco de la clase, los lunes y los primeros días de mes. Hablaba poco y muy contados eran los que lograban mantener una conversación con él. De ahí le empezaron a llamar el "Solito"...

Ya en 3ero. fue el mejor de la clase y terminó Cuarto Año con Sobresaliente. Nadie como él dominaba Física, Matemática y Cosmografía. En vísperas de escrito, las muchachas lo rodeaban, tratando de sentarse al lado suyo

para poder copiarle o pedirle alguna "soplada". De Historia, decían que sabía más de Artigas que el mismo Ansina. Y en Literatura, sólo él para interpretar una frase de Shakespeare o Garcilaso.— Pero cuando terminó el Liceo se le acabó el mundo.

Ya no pudo continuar sus estudios. Y a dónde? Y con qué?...

Una noche, una discusión con su padre subió de tono.

—Mañana mismo te me vas a hablar con el "Pardo" Rojas.

—Para?

—Le decís que te mando yo y le llevás la carta que me dio el "doctor".

—Ya le dije que no quiero mendigar un empleo.

—Pero y vos quién te crés que sos? Vas a vivir de arriba seguro?

El Pardo Rojas era el caudillo del Partido en el pueblo. Y el viejo Valdéz fue intransigente: o se ponía a la orden del Comité o "que se fuera al diablo".

"Solito" le salió con que no podía vender su voto y su conciencia por un empleo, que los hombres no se ponían precio y qué se yo, pero no le valió de nada.

O hablaba con el Pardo mañana mismo o a la calle. Y "solito" prefirió la calle.

Esa noche la triste figura de Jorge Valdéz formó una quijotesca estampa en el umbral de mi puerta. Esa y dos noches más durmió en mi casa. Hasta el día en que mi padre tuvo algo que objetar sobre aquella inesperada estadía. Y se fue.

Nunca más estuve con él. Anduvo en todo, por cuartos, piezas y galpones. Hasta que se dedicó a dar clases particulares. Clases de Primaria y Secundaria; enseñaba Matemáticas, Física, Literatura, o preparaba para ingreso al Liceo.

Pero también aquello comenzó a terminar como todo para el "Solo" Valdéz.

No sé ahora quién largó el primer rumor ni por dónde empezó. Pero lo cierto era que Jorge no era bien visto por las gentes de prestigio y figuración en el pueblo. No frecuentaba clubes, se trataba con pocos, era hosco y encerrado, leía mucho, no iba al

Comité del Pardo, pero tampoco al del Doctor Fontes que era el caudillo del otro Partido. Aquello comenzó a ser sospechoso...

Un día, Casimiro Fusco, el dueño de la Tienda y Mercería "El Vintén" lo vio a Jorge saliendo de la Biblioteca con varios libros bajo el brazo. Don Casimiro, que era hombre de buen comer, echó el vientre hacia delante, frunció ampliamente los labios en gesto de oler...

—Y ese maestrito para qué lado pateache?

—Parece que no es Blanco ni Colorado, don Casi...

—Hum!!.. Y con mucho libro abajo del brazo!!.. No me gusta nada este cosito. Trigo limpio no ha de ser. No será medio revolucionario?...

Y una noche, yo mismo lo negué.

—Vos lo conocés al maestrito che? —me dijo el Gerente.

—Sí, de vista..

—Dicen que es un agitador...

—Ah!!... No sé... Cierito?

—No te has dado cuenta de que es un tipo envenenado...?

El rumor, como todos los rumores, lenta, inevitablemente, malignamente, comenzó su obra. Agentes de oficio, envenenados sin ocupación, viejas gastadas y viejos sin gastos, lo repitieron. Hablando de Fútbol y de mujeres, se metía por decir algo, por joder a alguno, el comentario del día. Y comenzó a surtir efecto, como surten todos los chismes malignos.

—Ud. manda todavía su hijo a las clases de ese tipo?

—Parece mentira ¡En qué manos están nuestros hijos!...

Claro que los hijos a veces leían revistas, o avisos pornográficos, películas deshonestas e inmorales, y hasta delante de ellos, más de una vez, ocurrieron escenas no del todo saludables... Pero eso, claro... es inevitable... uno nunca sabe...

En cambio, un subversivo inculcando ideas foráneas!...

Los alumnos se retiraron, y con ellos, el sustento. "Solito" se quedó solo otra vez. Era su destino. Por no tratarse con los demás, como hace la gente. Por no leer los diarios que lee la gente. Por no ir al Fútbol, no tomar copetines, no tener mujeres, no ir a los bailes, no tomar mate, como hace todo el que se crea gente.

—Perdoname, pero no puedo fiarte más "Solito".

—Unos días solamente, don Jaime; conseguí algo seguramente.

—No puedo che, vos comprendé: yo soy un comerciante chico. Si te sigo fiando me liquidan, ya me dijeron. Me retiran el crédito...

Jorge era de poco comer, pero ahora comenzó a ayunar muy seguido, demasiado...

El viernes de noche, tomábamos unas copas con Casimiro y me comentó.

—Dicen que lo movieron al "Solo" Valdéz.

—Cómo?

—Imaginate! La gente anda indignada... Parece que una barra lo agarró y le dio una pateadura. Te digo que si a todos esos los tratan igual se terminan enseguida...

—Pero, y qué le pasó..?

A quién?

A Valdéz?

—Ah! No sé... Me dijeron que le rompieron algún hueso.

Entonces llamé por teléfono al Hospital. Llamé de un teléfono público. Me dijeron que efectivamente, lo habían llevado la noche anterior y que no tenía fracturas, pero se sospechaba que pudiera tener lesiones internas. Cuando la enfermera me preguntó de parte de quién hablaba y si no podía llevarle algo al enfermo porque no tenía nadie y... Le colgué.

Al otro día le dieron de alta pero tuvo un desmayo en la calle y tuvieron que internarlo de vuelta. Opinaron de mandarlo a Montevideo. Allá marchó, solo.

Todavía, al momento de subir al tren, alguien le gritó y le tiró una naranja.

Esta tarde me encontré con una vieja que me resultó familiar. Cuando se acercó me di cuenta que era la madre de Valdéz. Ya me iba a dar vuelta cuando me habló.

—No me conocés?

—Cómo le va doña? No la había recordado? Qué anda haciendo?

Me dijo que venía a cobrar la Pensión. Y como de casualidad me mostró el telegrama. Yo había sido amigo de él o no? Breve pero definitivamente, decía que Jorge Valdéz había muerto en el Hospital antes que pudiera ser intervenido.

Ahora, conmigo, en la noche, cuando no puedo mentirme, me pregunto quiénes son los culpables. Murió "Solito"... o lo mataron?...

Gonzalo Ríos.

Iniciamos nuestra tercera aparición, con la perspectiva poética de un joven y promisorio valor, que conforma una de las más seguras pretensiones de consagración en el género rimado, con que cuenta nuestro terruño.

WALTER ORTIZ Y AYALA es oriundo de Tacuarembó, tiene 36 años, y lleva publicados en su reciente incursión poética, tres libros: 1963, "Hombre en el tiempo", Premio en la 3a. Feria Nacional de Libros; "El Trotacalles", 1964; y "Los Espejos", 1965.

"Los tres libros están eslabonados por constancias temáticas, por líneas de estilo. En el primero, ya "El Trotacalles" aparecía, y abre el último; en el segundo los espejos empiezan a reflejar luces e imágenes; en los tres, el hombre en el tiempo indaga su existir y cuenta su peripecia. Y lo que en los dos primeros es presencia viva, encantadora, de su ciudad y del paisaje —calles de Tacuarembó, el Sandú, el río— sigue ahora en recuerdo latente siempre, en esa imagen clave de lo "parroquial", en retornos de su rostro de niño, "naranjos y palmas, trébol de olor y romero", en el viaje en tren hacia ese "norte de la patria oscura", y en esa dulcísima palabra "garúa" que vuelve siempre, tan tacuaremoense diría —quizá nortea, fronteriza— porque sólo en voces de allá lo he oído. Ortiz y Ayala es poeta en acción y teorizante de poesía en profesión de fe: por y con su canto se define.

Así, poética de la poesía es buena parte de su obra. Si en rebeldía empieza contra el "canto antiguo" (?), su mundo de metáforas, no es Ortiz y Ayala poeta que enfrente su tradición, si no más bien— y esto vale también para Benavidez— tradicionalista, conservador de formas y metros prestigiosos, con variados recursos y dones personales. (En sus dos primeros libros, romances —también en el último— y sonetos —proscripto excelso de la anterior generación—, en El Trotacalles, aparecen, junto a otras formas libres, con alternancia diversa de rimas en los cuartetos, y en los tercetos, desde lo más clásico (abc, abc) a lo Herrera y Reissig (aab el 1.o) y otras

variantes, llegando hasta el alarde del soneto continuo: IX).

Es el poeta que encuentra en la poesía su razón de ser y que a su vez quiere convertirla, para sí y para los otros, en espejo del mundo".

(Extractado de "Poética y Poesía", por Isabel Gilbert, aparecido en "Marcha", 15/VII/1966).

De «El Trotacalles»:

Y SI AL VOLVER

Y si al volver
pisando calles de asfalto
o tierra suburbana
oyendo
dindonear los metales
agoreros,
solo
sin la complicidad angélica
de las constelaciones
te mortifica el alma
como el tábano aquel
de la tragedia antigua,
y sientes que algo falta
a tu vivir,
al ser innominado
que margina
tu inexcusable olvido;
si piensas
que de nada te valen
el sueño consecutivo
el entusiasmo
en la dura tarea
en que te obstinas,
(distante el paraíso
la tierra prometida
a la esperanza).
Si a la noche regresas
por un delta sombrío
de calles y de tiempo,
erudito en fracasos
y averías
haciendo un inventario
en el que sólo cuentan
adioses y desdichas,
algo algo
profundo, inexplicable
como el amor o el odio,
te volverá a la tierra
al centro de la sangre
pisando calles
despertando piedras
pugnando con las sombras
con la luz virginal
trotacalles de siempre
y esperando.

NOCTURNO 1

Y andando
con un poco de vino
en las entrañas,
con viento Norte
y tragos en la noche
que tiene
su cruz del sur temblando,
en la noche que muerde
como un ácido
esta piel de intemperie
estas venas ahitas
que fluyen de un origen
en donde se conjugan
el ángel y la bestia,
andando
te fatigan los huesos
el tiempo transcurrido
sin apelar posible,
como el humo en los ojos
así se irrita el alma,
andando andando
(no se abren las puertas
nadie atisba
el retorno del hombre
a su morada),
pesa un buey en la lengua
y esta ciudad
que tiene su raíz en el polvo
estas ventanas ciegas
donde todo sucede
la cópula o la muerte
y los seres
reposando trajines
o desgracias,
el tango en la ortofónica
de un bar con humo
con insultos y naipes
andando andando
el alba se avecina
con gallos militares
y un pólen de cansancio
cae cae
andando andando
Tacuarembó en el norte
meteoró en el vacío.

NOCTURNO 2

Haciendo calles
se me volvió noche
la tarde,
se degolló la luna
tras la iglesia
parroquial —sin halo
de arcángeles o santos—,
en lluviosos cristales
de confiterías
vi perfilarse un rostro
cual si fuera la misma
imagen de la muerte
y tuve miedo
tuve miedo de niño
que asustan con el diablo
o la Padilla,
como un timbal de espanto,
andando entonces

el retorno
a la pensión
medianoche
hora cero sin ánimas
tremenda
tremenda
como un cuerpo caído
con un charco de sangre
a su costado
y periódicos
dintel de amanecida
el brazo sin vigor
el sueño
aguardando su presa.

ENRIQUE AMADO MELO, es un poeta joven —29 años— oriundo de San Gregorio, donde vive actualmente, dedicado a la docencia. Tiene publicados ya cinco poemarios que recogen su savia naciente: "Versos Intrascendentes" (1959); "Pájaro Herido" (1961); "Barro y Estrella" (1962); "Cosecha Anual" (1964); "Las Fugas" (1965). Desde aquel solar de nuestro departamento, Amado Melo nos ha hecho llegar su palabra, su estímulo y su mensaje, conjuntamente con los ejemplares de sus obras publicadas. Recibimos pues, con entusiasmo, al nuevo poeta de nuestra tierra y, comenzamos su divulgación entre nosotros.

CONFESION

De «Las Fugas»

Amigo:
quién pudiera
ser como tú:
hombre común,
inadvertido.

Observándote
te envidio.
Tú te conformas
con el pan de cada día
y esa radio moderna
de transistores.
Casarte un día,
tener la casa propia,
el televisor, el lavarropas,
la heladera, tal vez,
no más aspiras.

Me llamas pobre diablo
porque me ves por la mañana
siempre
anudar a mi cuello
la corbata,
ponerme lentes negros
e ir al trabajo;
por la tarde
salir con cuatro libros;
por la noche cenar,
ir a la peña
y al aire puro

Continúa en la última página—.

LOS LIBROS MAS SOLICITADOS EN EL ULTIMO TRIMESTRE

AUTORES NACIONALES

“Gracias por el fuego” —Mario Benedetti — (Ediciones ALFA).

“La Tregua” —Mario Benedetti — (Ediciones ALFA).

“Ese mundo del bajo” —El Hachero (Pupo).

“Cien Años de Raros” (Antología de Cuentos: Quiroga, Lautreamont, Ferrando, etc.) — (Ediciones ARCA).

“La mitad del Amor” (Antología poética) — (Ediciones ARCA).

“Con las primeras luces” — Martínez Moreno — (Seix Barral).

«La Casa Inundada» — Felisberto Hernández.

«El Uruguay y su gente» (Ensayo) —Carlos Maggi — (Ediciones Alfa).

«Gardel, Onetti y algo más» (Ensayo) —Carlos Maggi — (Ediciones Alfa).

«El Tercerismo en el Uruguay» (Ensayo) — Aldo Solari — (Ediciones Alfa).

«La Literatura Uruguaya del Medio Siglo» — Emir Rodríguez Monegal.

«El Uruguay en que vivimos» (Ensayo) — Roque Faraone — (Ediciones Alfa).

«Genio y Figura de José E. Rodó» —Mario Benedetti.

—Puede además descontarse, un particular éxito de lectores a dos novelas recientemente salidas al mercado: «Virginia en Flashback», de Hiber Conteris, y la obra ganadora del Concurso de Narrativa para la 7a. Feria Nacional del Libro Uruguayo, «Un lugar para Piñeiro», de Jorge Sclavo.

—*Los autores nacionales más leídos son:* Mario Benedetti («La Tregua», «Gracias por el fuego», «Montevideanos», «Mejor es Meneallo»); Juan Carlos Onetti («El Astillero», «Juntacadáveres», «Para esta noche», «El Infierno tan temido», «El Pozo»); Carlos Martínez Moreno («El Paredón», «Cordelia», «Los Aborígenes», «Los días por vivir», «La otra mitad»); Felisberto Hernández («Nadie encendía las velas», «La Casa inundada»).

—*Autores Hispanoamericanos más solicitados:* Mario Vargas Llosa («La Casa Verde»); Alejo Carpentier («El reino de este mundo», «El Acoso»); Julio Cortázar, Bulrich; Miguel A. Asturias.

—*Autores Europeos y otras procedencias:* Morris West; Vasco Pratolini; Roger Peyrefitte, Simone de Beauvoir, Jean Paul Sartre, Millington Drake (por «El drama del Graff Spee»), Peter Weiss (por su «Marat-Sade»), Bertold Brecht, Frederick Durrenmant, Albert Camus, Ionesco, Albee, Teilhard de Chardin.

PARALELO TREINTA Y OCHO

j. i. monestier

“El Juancho” se despezó largamente. Recordó algo del día anterior, o acaso de algún otro: ¡Eran todos tan parecidos! Pero de la noche no recordaba nada. Seguro que habría llegado muy tarde y con una buena borrachera.

El sol debía estar alto ya. La puerta del rancho, medio abierta, dejaba entrar un aire frío que lo hizo estornudar. Afuera corrían los chiquilines jugando quién sabe a qué.

—Gurises de porquería... mire que dejar abierto... —murmuró.

Recién entonces reparó en su mujer. Dormía pesadamente en el otro catre. La encontró, de pronto, más pálida y flaca. Hasta fea estaba.

—Del trabajo, últimamente, no va a ser. No hace más que dormir... cada vez se levanta más tarde...

—¡Ché, vieja! —la llamó.— ¡Debe ser tarde, ya! —la sacudió un poco.

La infeliz despertó medio sobresaltada aunque enseguida recobró lucidez.

—¿No sabés de dónde llegó un mamo, anoche? —preguntó con sorna.— Menos mal que conseguí unas galletas para tus hijos porque si espero por vos... —añadió con gesto de reproche.

—Bueno, vieja. No empecés. Te hubieras casado con “El Boga”, que apolilla todo el día y hace trabajar a la mujer. Yo agarro cuanto changa cae. Más no puedo hacer... Aprontame un mate...

—La última yerba se la prestaste al ve-

cino y, por si acaso, tampoco queda leña para el fuego.

—¿Y qué te has pasado haciendo ayer de tarde? Con haber ido al monte, pronto. P'a los gurises es un paseo. Y a vos no te viene mal un poco de aire.

—Cada vez está más lejos ese monte. Y ya está muy trillado. Hay que caminar mucho para traer cuatro ramitas locas medio verdes. Rama seca ni se encuentra, casi...

—Bueno, vieja, bueno. Tené un poco más de paciencia. La gente del pelado Benítez me está moviendo el asunto en el ferrocarril. Me dicen que estoy puesto en seguida de la elección...

—¡Mirá —mirá —mirá! Al “Boga” también lo llevaron así y mirálo...

—Vos no entendés de política, mujer... “El Boga” es como el camaleón...

—Yo lo único que entiendo es que comemos algo por lo que nos traen esas señoras de don Caridá. Ese ha de ser gringo, en fija; porque todo viene con unos letreros que ni el diablo entiende. Pero de política, nada.

—¡Ahí te estaba esperando! ¡Te van a dar todo eso por tu linda cara! ¡Mirá que sos zonza, vos! Yo ya anduve averiguando, y dos o tres de las que vinieron son del comité de los coperudos. Ahí hay plata en pila... andá aprontando el votito, no más...

—Y bueno. Mientras nos tiren con algo... Total, ya no queda nadie que dé puntada sin nudo...

—Estos gurises del... me han escondido

una alparg... ¡ah, no!... aquí está... medio ba-
beada y todo. Capaz que el chiquito la agarró
de... —se alzó de hombros y suspiró meneando
la cabeza. Como dormía vestido enseguida
estuvo en pie. Se fue hasta el rancho de al-
lado, a escasos cinco metros del suyo, y le
pidió a la vecina un poco de agua caliente.
De vuelta, llenó el mate cebado el día ante-
rior. Le dió una chupada a la bombilla y
enseguida escupió con asco.

—...‘ta madre, mate podrido... Bueno,
vieja... hasta luego. Me voy a la estación que
ha de estar por llegar el tren. Aprovechá esta
agua con ese polvo de leche pa’l chiquito.
Imposible que hoy no traiga algún pedazo de
puchero. Hoy cargamos el camión de la bar-
rraca y esos pagan tacataca.

—Hasta luego, viejo. Voy a ver si me
llevo la gurisada al monte después de mediodía.
Necesitamos leña... Vení temprano... No te
quedes mucho en el boliche...

El hombre se despidió con un gesto
como de caricia, extendiendo un poco hacia
su mujer la mano endurecida. Pero no llegó
a tocarla.

“El Juancho” se alejó. El barrio Corea,
el más pobre, dejado de la mano de Dios,
dormitaba todavía. Sólo algunos botijas jogan-
do en la vía muerta de la estación Canning,
donde duermen las viejas locomotoras; des-
manteladas; como espectros herrumbrosos.

A lo largo de la calle de piedra gastada,
ranchos de lata, alguno de terrón, viviendas
de bloques. Caserío amontonado miserable-
mente, lejos del pueblo. Detrás del terraplén
de la vía vieja. Como para que la miseria
no se viera...

Pero nada de esto preocupaba a nuestro
hombre. Era parte de su vida. Lo único que
lo cansaba eran los rezongos de su mujer.
Nunca están conformes las mujeres. Plata y
más plata. Eso sí. Como si uno fuera una
máquina de hacer plata y no tuviera derecho
a divertirse ni un rato...

La estación del ferrocarril hervía de
gente. “El Juancho” se comió un poco y
llevó varias valijas pesadas hasta el hotel. Na-
die hablaba más que de fútbol. Peñarol jugaba
en Madrid por un título mundial. A media
tarde. Justo a la hora de cargar el camión...

¡Maldita suerte!

Cerca de la una, el changador ya había
hecho unos cuantos reales. Como para pensar
en comer algún refuerzo de mortadela y un
vaso de vino.

Se encontró con el chofer del camión
de la barraca.

—¿Y... Juancho...? A las cuatro y media,
¿como fierro allá!, ¿no?

—¡Eco! —respondió desganadamente. ¡Cua-
tro y media! ¡Justo a la hora del partido!

—Eso es lo único que saben esos —dijo
“El Tara”. —Dale Juancho... No le des bolilla.
Vamos a comer algo y a tomarnos un vina-
cho, ¿eh?

Y fueron. Pero no fue un vino. Tres.
Cuatro. Cinco vasos de vino tinto medio
dulzón. Era cosa hecha.

—¡Que trabajen los burros! ¡Echate otro,
Julián!

—¡Hoy estamos sólo pa’l fóbal! ¡Que
trabajen los burros! ¡Peñarol, no más!

La tarde transcurrió así rápidamente.
En el boliche hubo apuestas.

“El Juancho” se jugó a los pies de su
Peñarol lo poco que le quedaba.

La radio del café —a todo volumen—
relató la inolvidable victoria de los uruguayos.
El locutor repetía emocionado todos los di-
chos del caso y contagiaba a todo el mundo
su euforia. Después, el delirio. La locura.

—¡Peñarol, no más! ¡Los gallegos creían
que éramos pan comido!

—¡No sabían lo que es esta sangre!
¡Uruguay, no más! ¡Peñarol!

Y así hasta la angustia. Hasta el cansan-
cio. Al influjo del nombre victorioso recrude-
cían los convites: que vino, que grapa, que
caña...

“El Juancho” despertó con frío. Tardó
mucho en darse cuenta que era de noche y
había dormido acurrucado en la puerta de la
escuela. ¡Suerte que no lo había visto un
policía!

Tambaleando, caminó hacia la plaza. En
el reloj de la iglesia eran las dos... ¡Las dos
de la mañana!

Levantó y dejó sujetas con una mano
las solapas del ajeno saco y, arrastrando los
pies, se fue por la ancha avenida. Cruzó el
paso a nivel desierto y torció hacia la derecha
en busca de su barrio mísero. Detrás del terra-
plén de la vía vieja. De esa vía vieja por donde
nunca más pasará nada.

organizaba huelgas por días "Sandwiches" y escribía poesías igualitas a las de Bécquer. Y todos pasaron por la noche de la plaza oscura... Las compañeras de clase, las novias que tuvo, ahora mujeres gordas y serias. Los profesores que tuvo, los que murieron. Entonces se acordaba de aquella poesía que una vez recitó en la fiesta de fin de Curso, la "Página Blanca" de Ruben Darío, y que decía de un desfile como el de ahora.

El desfile incluía el primer beso que dio allí, en aquel banco. El primer beso de amor, trémulo, nervioso, candoroso. La primera mano de novia que en un raptó de audacia se atrevió a apretar entre las suyas. Las lágrimas que volteó una noche, de indignación y de rabia, el día que el Director del Liceo lo mandó para su casa, porque se atrevió a responderle con altanería, porque asumió la culpa de sus compañeros; fue cuando su padre le preguntó con tristeza si era ese el premio a sus sacrificios. Las rebeldías de estudiante, sus lágrimas, allí habían quedado, o se habían ido desparramando por el camino, deshojándose, desgajándose, como rezagos prendidos, colgados en las ramas de una senda.

Y allí, en ese banco, se había refrescado de su primera borrachera.

La noche que tomó tres cañas, enojado porque Matilde bailaba con el cretino de Julián. Y la cuarta se la pagó... ¿quien había sido?

Y como estaba cada vez más rabioso y no le quedaba plata, y quería seguir tomando, se tomó medio frasco de perfume, que llevaba en el bolsillo "para darse aroma".

Un perro pasó, volvió, lo olfateó, dio una

trotada, olfateó un arbol, después otro banco, y siguió trotando.

Allí en aquella iglesia se había casado, un día de sol y de calor, de traje negro y corbata blanca. Ahora era otoño en la plaza, tres o cuatro hojas habían caído ya sobre su banco.

Remontó otra vez la vereda y se internó en el último callejón.

Un borracho salía del Bar de la esquina. Era Samuel otra vez, que lo reconoció, y le quiso dar un abrazo.

—¿Cómo andás Camilo!... y se le fue encima.

—Ya estás mamado!..

—No, compañero!! Más respeto!! Una libación respetuosa no es vicio.

Y se le agarró de la solapa. Lo dejó prendido de un árbol, inmenso en profundos soliloquios, y siguió tranqueando fuerte.

Con olor a vino, a caña, a grapa, con un sabor amargo, con el peso de todos los borrachos, de todos los frustrados, de todos los enterrados en vida, de todos los humillados, de todos los solos...

Porque alguien, hacía mucho tiempo, que iba muriendo alla adentro.

Le dio una patada al portón, se agachó por el alambre de colgar ropa, que adivinó frente al ombú, y se coló en la sombra.

Poco después, el farol del frente se apagó, y la oscuridad y el silencio volvieron a amar la solitaria calle, barrida por las hojas amarillas, empujadas por la brisa de la madrugada.

Ariel Herrera

HISTORIA DE PASO DE LOS TOROS

(Viene de la página 6)

4) A Eugenio Martínez lo encontramos residiendo en Paso de los Toros en 1831, pues sirvió de testigo en la tasación del campo reclamado por los herederos de Angel Bálamo, y cuya acta fue levantada por el Alcalde de Cardozo y río Negro don Luis el Bálante, en Paso de los Toros el 9 de diciembre de 1831.

5) El plano de Serby nunca fue aprobado, y el amanzamiento proyectado, en su mayor parte estaba emplazado en campos de la Suc. Eufrasio Bálamo, y una parte en campos de Venancio F. Bálamo. Ese proyecto, con las modificaciones de Jpata, fue el primer amanzamiento, que llegó hasta la actual calle Treinta y Tres, y estaba prácticamente todo en campos de la Suc. Eufrasio Bálamo

(era la fracción de 340 cuadras compradas en 1865 a Pachiarotti).

6) Don Venancio F. Bálamo nunca fue propietario de los terrenos del "viejo Paso de los Toros", lo que surge de la escritura de partición de la Suc. de Eufrasio Bálamo y su esposa Isabel Rosas, correspondiéndole a él solamente los terrenos al Sur de la calle Lavalleja, que hasta hoy no han sido habitados, pues son sobre la costa del río. Las proyectadas manzanas fueron adjudicadas a los demás hermanos: Angel Tiburcio, Pastor y Alejandrina (ésta que era fallecida fue representada por sus hijos: Román, Juan, Luis, Isabelino y Celestino Vargas), y al sobrino Martiniano Bálamo, hijo natural de Angel Tiburcio.

(Viene de la página 9)

poco, prendiéndose de una raíz aquí, tomándose de una piedra más allá, afirmando el pie en alguna grieta, haciendo un pequeño rodeo para buscar un lugar más accesible, tratando de no mirar para abajo...

Mientras arriba el sol insistía implacablemente con sus infernales rayos, Carlos sudaba por todos sus poros y sangraba por algunas heridas producidas por las piedras filosas y una que otra espina.

Iba por la mitad del cerro cuando recién se dieron cuenta los chicos de lo que intentaba hacer Carlos: hasta ese momento habían estado ensimismados, observando y tocando al carpinclo mientras comentaban la hazaña de Roberto. Cascarilla fue el primero en darse cuenta de que Carlos no estaba con ellos.

-¡Ey! ¡miren a Carlos!

-¿Que está haciendo?

-¡Quiere escalar el cerro!

Todas las miradas se dirigieron hacia arriba, y todos pensaban lo mismo: si Carlos lograba lo que se proponía sería el jefe sin lugar a dudas. Pero... siempre hay un pero, los últimos metros eran de piedra casi completamente lisa.

Y Carlos se encontró con ese obstáculo, masculló con rabia ¡son sólo unos metros... los últimos! tengo que lograrlo... Su mirada se encontró con una raíz que salía de la roca, aguantó la respiración y extendió el brazo izquierdo, sudaba, los dedos rozaron la única posibilidad de trepar a la cima, pero no llegó.

Desistió, volvió a respirar, y lo volvió a respirar, y lo volvió a intentar, esta vez se estiró un poquito más y la mano temblorosa logró aferrarse, descansó un momento y estiró la derecha.

La sonrisa que había comenzado a insinuarse se convirtió en mueca de terror, la raíz no soportó su peso y Carlos se precipitó barranca abajo, venía a los tumbos, hecho un ovillo, arrastrando consigo una avalancha de piedras.

Cuando sus compañeros llegaron lo encontraron inmóvil al pie del cerro... muerto.

Los muchachos acompañaron a Carlos a su última morada y una mano trémula puso la insignia del jefe en la lápida de su tumba.

LEO

robarme alguna estrella.

Créeme:
revelarme quisiera
cuando pienso
que sería lindo
despertarme sin otro pensamiento
que el café, que el almuerzo,
la playa, la pelota...
Créeme, amigo.
Y compadéceme.
Que no es fácil llevarse
así todos los días,
sobrevivir a una y otra noche
de vigilia
con la misma pasión
el mismo empeño,
persiguiendo colores y sonidos
que no siempre se alcanzan
o se alcanzan a medias.
Créeme, amigo.
Y compadéceme.
Estoy poseído de Dios
o del Demonio.

ANONIMO:

SOLEDAD

Días de soledad
y de esperanzas perdidas.
Quietud de remanso
en la oquedad sin salida.
Ansiedad por encontrarte
en mis noches fugitivas.
Manojos de hojas secas
en mis manos están cautivas.
Soledad sin esperanza
entre luces mortecinas.
Soledad... ¡mi soledad!
Silencio... de mi silencio!

MUJER

Llueve.
El viento te llama
y tú me respondes.
Amor.
Destello y angustia
de vida imposible.
Mujer.
Caricia escondida
en perfil milenario.
Silencio.
Amor que desgarrar
tu antraña más honda.
Mujer.
Instante supremo
de tierra y de cosmos.
Vida.
Placer insaciable
de sabor pagano.
Mujer.
Tibieza materna
en garras felinas.
Mujer. Mujer. Mujer.



